

LAURA PARRAS

Somos uno

Platero
COOLBOOKS 

Título: Somos uno

Primera edición: noviembre, 2025

© 2025, del texto Laura Parras.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 3189-2025

ISBN: 979-13-87720-53-7

*A todos aquellos que dejaron de creer o
perdieron la fe en el amor, incluida yo.*



ÍNDICE

Capítulo 1	9
Capítulo 2	17
Capítulo 3	21
Capítulo 4	33
Capítulo 5	39
Capítulo 6	59
Capítulo 7	81
Capítulo 8	93
Capítulo 9	103
Capítulo 10	113
Capítulo 11	123
Capítulo 12	135
Capítulo 13	147



CAPÍTULO 1

EL COLEGIO Y MARTA

La vida tiene muchas maneras de enseñarnos...

Hay decisiones que desencadenan una serie de consecuencias que no siempre son buenas. A lo largo de mis años he ido tomando las mías: a veces un «sí» o un «no» me ha llevado al borde del desastre, otras a la locura, y otras a la máxima felicidad. Aprendí que lo que es para ti, de algún modo, siempre encuentra el camino, o la manera de volver. Quizá la vida te da señales de que va a llegar; quizá te lo muestra y luego lo esconde. A veces te permite saborearlo unos segundos, solo para que lo recuerdes durante años. Pero si está destinado a ti, volverá o te encontrará.

También he aprendido que, a veces, lo que parece fuerte no lo es. Y, a veces, lo más valiente es simplemente seguir.

Me llamo Jade, y hay cosas que no se olvidan.

Mañana empiezo en un colegio nuevo. Se ha acabado la etapa de preescolar.

Llega el primer día. Tengo sueño. El despertador de mamá ha sonado pronto y tengo que darme prisa; no puedo llegar tarde.

Ya me he vestido. Qué chándal más feo el de este colegio (se supone que es el uniforme): pantalón con una raya gris y otra rosa, un pañuelo en el cuello también rosa y gris para las excursiones. ¿Quién ha comprado esto?

—¡Jade! ¡Date prisa, vas a llegar tarde!

—¡Ya voy!

Llegamos a tiempo. Las puertas se abren: son unos portones enormes de madera. El colegio parece antiguo. En realidad, lo es. Entramos todos los niños como un rebaño.

Se oye una voz:

—¡Los de primero de EGB, poneos por aquí en fila, por favor!

Voy decidida y me pongo en la fila.

Pero aparece una señora que me saca de la fila y me mete en una clase de P5. Soy bajita, más que el resto de mis compañeros.

«Se han equivocado».

Me giro y le digo tímidamente:

—Perdone, yo no voy aquí. Tengo que empezar primero de EGB y en la puerta pone P5.

No me cree. Me mira de reojo y me dice que espere un momento. Se va a comprobarlo. Mientras, saludo a varios niños. Son de mi misma estatura, pero yo tengo un año más. Me quedo de pie. No quiero sentarme. Esa no es mi clase.

Viene otra señora. Esta tiene cara de mala baba. Me coge de una de las tiras de la mochila, la del hombro, y tira de mí:

—Anda, ven. Esta no es tu clase.

La sigo. El sitio es enorme. Tiene un patio interior y muchas escaleras que van hacia muchos sitios.

Llegamos a un pasillo. Caminamos por él. Creo que estamos en la planta dos. Entramos en la última clase del fondo. El corazón me late a mil. Soy nueva. No conozco a nadie. Toda la clase se gira a mirarme.

Veo una cara conocida. ¡Es Júlia, mi amiga de la guardería! Nos han puesto juntas. Menos mal.

—Júlia, ¡qué guay que estés aquí conmigo! No conocemos a nadie en este cole.

—Ya... pero, ¿ves a esa chica de allí? Se llama Marta. Me ha prometido que íbamos a ser amigas.

Marta, para que os situéis, es algo más alta que yo. Tiene un corte de pelo estilo Mafalda, los dos dientes delanteros tipo conejito, lleva gafas, y —no se sabe muy bien por qué— es de las más populares de clase y de las más queridas por los profesores.

Júlia y yo éramos el tándem perfecto: vecinas, amigas, compis de la escuela infantil... y ahora juntas en esta gran aventura. O eso creía yo.

Pero Marta tenía otros planes para nosotras.

—¿Júlia, jugamos a algo en la hora del patio?

—No, me voy con Marta y su grupo. Somos amigas.

«Marta ¿por qué me quitas a Júlia? ¿Amigas?».

«Si no puedes con el enemigo, únete a él». Llego mi momento, me armo de valor y pregunto:

—¿Puedo jugar con vosotras?

Marta me mira de arriba abajo y me dice:

—Oye, ¿te han dicho alguna vez que eres fea y bajita? ¿Qué opináis, chicas? ¿La dejamos jugar con nosotras?

Finalmente me dejan jugar o seguirlas. No lo sé.

Me empujan. Me lanzan contra la fuente. Me hago daño en el tobillo, pero no muestro dolor. ¿Qué se han creído?

Júlia cada vez se aleja más de mí.

Este colegio es una mierda. Yo quiero irme al otro, donde están mis amigos. Pero no. Tengo que estar aquí, con estas imbéciles. Mamá dice que tenga paciencia, pero no tengo de eso. Quiero irme. Las monjas son muy mandonas y se enfadan mucho.

Las horas aquí dentro son eternas. ¿Y la comida? ¡Menudo bodrio! La verdura tiene arena o al masticar lo parece.

—¡Si no te la comes, te taparé la nariz y comerás a la fuerza! —me advierte una monja, con el dedo en alto.

Y efectivamente. Me tapa la nariz y me hace tragar.

Mamá se ha enterado de esto. También del bofetón gratuito que me ha dado una de las monjas por no obedecer. Me ha dicho que me van a cambiar de colegio. O eso espero. Me da a elegir entre uno tipo internado —únicamente de chicas— o uno de curas, en un pueblo cercano.

—¿En serio no puedo ir donde están los de la guardería? ¡Quizá ni se acuerdan de mí, pero eran mis amigos!

—Ya te he dicho las opciones que tienes. Y punto.

—¡Pues menuda mierda!

—¡Eh! ¡Cuida esa boca! Creo que lo mejor sería el de chicas.

—Te juro que, si me metes ahí, ¡el primer día hago que me expulsen!

—No hablarás en serio, Jade.

—Sabes que lo cumplo, mamá.

—Pobre de ti que lo hagas.

—Pues ya sabes dónde no me debes apuntar.

—Cuando venga tu padre de trabajar, ya

hablaremos. ¡Y tú harás lo que yo diga! ¡No me rechistes más!

Buff... A veces creo que esta mujer es peor que las monjas.

Quedan pocos meses. Esto es una cárcel. Júlia ya no me habla. De Marta, ni hablemos. La SuperMarta, la llamo yo.

Llevo años aquí dentro. Me doy cuenta de que el problema no es el colegio en sí, sino que este no es mi sitio. Y aunque no se me da mal aprender, siento que algo falla.

Finalmente, mamá cede. Me cambian de colegio. ¡Y no es el de chicas! ¡Me he salido con la mía!

—¡Gracias, mamá, no te arrepentirás, te lo prometo!

—Ay, Jade... eso espero.

Por fin llega el momento esperado, el colegio nuevo es más grande que el anterior, gente diferente, y no está Marta, así que, de momento, vamos bien.

Pasan unos cuantos años, estoy adaptada a este colegio, estoy cómoda, estoy bien, hay grupos de todas clases, frikis, pijos, pasotas, empoderadas y estupendas, populares, futbolistas... de todo.

De Marta y del otro colegio aprendí que la crueldad también se enseña. Y que no todos los lugares son para quedarse, y por eso me fui, entre otras cosas.

A medida que avanzan los años, el colegio se va complicando, más materias que aprender, más teoría que estudiar, más tiempo de hincar los codos. Hay días que no vemos el fin, las clases se hacen pesadas, pero bueno, lo sobrellevamos.

—Buenos días, sacamos el libro y lo abrimos por la página 45, rápido y en silencio, por favor.

Miguel nos da Biología, sonrío en contadas

ocasiones, pero es un buen profesor, empieza a hablar, abro mi libreta y empiezo a tomar apuntes...

De repente entra por la puerta un chico, es mayor que nosotros, diría que entre 5 o 6 años más, saluda al profesor sonriente, hace una barrida ocular y yo no puedo dejar de mirarlo, qué chico más guapo.

El profesor se dirige a nosotros y nos dice:

—Aquí tenéis a un antiguo alumno mío, Atlas, ahora este hombretón está en la universidad, ¡muchacho, os hacéis mayores y me hacéis mayor a mí! ¿Qué haces tú por aquí?

—Pasaba por aquí y me he parado a saludar, Miguel. Como siempre, un placer veros y saludaros a todos.

Tiene el pelo moreno, lo lleva un poco hacia arriba, no es un tupé, pero del estilo, y unos ojos que quitan el hipo, no son verdes, pero tampoco son marrones, son de color avellana (o al menos ese color que tiene se conoce con ese nombre), ha llevado aparatos, los dientes los tiene muy rectos... pero cuando sonrío, madre mía cuando sonrío... va en chándal, los pantalones son de chándal, le quedan de locos, son de color negro, lleva una sudadera y una chaqueta encima, se le ve tranquilo y seguro de sí mismo.

Habla con Miguel con las manos en los bolsillos, yo no puedo escuchar de qué hablan, pero se les ve afables. Me fijo en sus brazos, este tío va al gimnasio seguro, no es lo que llamaríamos un «musculitos», pero está fuerte y apretado.

Atlas le estrecha la mano al profesor y con la otra le coge el hombro con cariño, sonrío y se despide, sale por la puerta, se va.

Yo no lo sabía, pero ese momento marcaría el inicio

de algo que cambiaría mi vida, un futuro que yo aún no me podía imaginar.

Entre risitas y vergüenzas lo saludamos todos, otros pasan directamente y siguen a su bola pintando el libro o haciendo sabe nadie qué...

Seguimos con la clase, todo vuelve a la normalidad, sigo con lo mío, y así como la clase terminó, pasaron los años.

Os podría contar miles de anécdotas del colegio, de momentos de llanto, de ira, de frustración, alegrías, canciones, granos en la cara, cambios hormonales, el lunes te gustaba uno, a los dos meses te gustaba el amigo... y esa es la vida del colegio, del instituto, donde crecemos, donde nos descubrimos, donde solemos encontrar nuestra identidad, o donde cogemos hábitos y formas para llegar donde queremos llegar en un futuro, suele funcionar así... pero todo esto sería irrelevante para la historia que os quiero contar, así que prefiero no empezar a dar vueltas e ir directamente al foco de la historia.



CAPÍTULO 2

ATLAS

Por fin llegó la graduación y una de esas decisiones que marcan un gran cambio en la vida, decidir qué quieres ser porque ya eres «mayor».

Entré en la universidad. Había decidido estudiar Periodismo. Me encanta escribir, investigar, «darles forma a las letras», que todo tenga un sentido y detrás de unas cuantas líneas contar una historia.

Ya llevo dos años en la facultad. A estas alturas me he habituado a correr por los pasillos, a los profes que dan miedo y a los turnos de trabajo nocturnos. Pero hay días en los que todo se me hace bola.

Voy corriendo de clase en clase por los pasillos. Siempre voy justa de tiempo. Necesito dormir más horas. Han empezado reformas en la universidad y, como no soy torpe ni nada, lo último que necesito entre clase y clase es gente por medio, algunos con cascos incluidos.

¡Voy tardísimo! Tengo Semiótica de los Medios de Comunicación. La clase la da el señor Lucas. No es muy mayor, pero es un hijo de puta. No me gusta cómo me mira ni cómo me habla cuando se sienta

encima de mi mesa para explicar algo. Pero necesito aprobar su asignatura.

Voy corriendo a lo que me dan las piernas. Giro una esquina. Ya casi llego. Estoy sudando. Y de repente, ¡boom! Mis hojas vuelan, y yo con ellas.

—Me he roto algo, seguro. ¡Au!

Delante de mi cara, una mano. Un olor para recordar, de esos que se graban en tu cabeza y los recuerdas para siempre. Huele tremendo. Simplemente veo las luces del techo y esa mano.

La cojo.

No sé quién es.

Me ayuda a levantarme. Entonces veo sus ojos. Esos ojos los he visto antes. Me mira fijamente, clava su mirada en mí, hace una mueca extraña y pregunta:

—¿Estás bien?

Estoy aturdida. No puedo dejar de mirarlo. Yo te he visto antes, pero ¿dónde? Me toca el hombro mientras me tiene cogida de la mano y vuelve a insistir:

—¿Estás bien?

Un *flashback* me atraviesa la cabeza y me quedo muda, solo lo miro. Ese gesto que acaba de hacer, el profesor Miguel del colegio... «Aquí tenéis a un antiguo alumno mío, Atlas...». Tiene que ser él, estoy casi segura de que es él.

—Sí, creo que sí —respondo—. Me duele un poco la cabeza, pero creo que estoy bien.

Doy dos pasos y me voy de lado.

—¡Ey, ey! ¡Espera! —dice mientras me sostiene por la cintura y me ayuda a sentarme en un banco del pasillo—. Oye, creo que deberías ponerte hielo o ir a la enfermería, ¿no crees?

—Qué va, estoy perfecta. Tengo clase y llego tarde.

No quiero que me pongan falta. Gracias por tu ayuda, pero tengo que irme. Me recuperaré. Perdona si te he hecho daño yo a ti también.

—Por cierto, soy Atlas.

—Jade, encantada.

Si me quedaba alguna duda de que esos ojos eran los suyos, ahí tenía la confirmación. Realmente me duele el golpe, pero aprieto su mano y la muevo en un gesto de saludo, fingiendo que no pasa nada.

Me mira y sonrío.

Ahí lo tenía, el chico que vi en el colegio años atrás. No me había reconocido, era invisible para él en esa época, y ahora me había chocado contra él. Recojo mis papeles como puedo, aparto el pelo revuelto de mi cara, miro al frente y echo a correr otra vez:

—¡Adiós y perdona! —grito mientras me alejo.

Llego por fin al pasillo. Entro en clase. Todos están sentados. El señor Lucas se gira, me mira con su cara de sapo y suelta:

—Señorita Jade, ha decidido honrarnos con su presencia. ¿Sabe usted que así no va a encontrar trabajo nunca?

—Lo siento, señor. He tenido un pequeño percance en el pasillo y...

—Siempre tiene contestación para todo, señorita Jade. Me sorprende usted semanalmente. Bien, gracias a la señorita Jade, el examen de enero será oral, señores. Prepárense bien y tomen apuntes.

Mientras da su paseito por el aula, se detiene frente a mí. Me guiña un ojo. La clase entera se gira a mirarme. Supongo que es en señal de «agradecimiento». Será desgraciado, y para colmo me duele el golpe. El profesor Lucas sigue hablando, pero yo ya he

desconectado. Solo me centro en el golpe y en los ojos de Atlas. ¿Trabaja en la obra de la facultad? Estaba en la zona de obras, ¿qué hace en la universidad? ¿tendrá novia? ¿habrá venido a buscarla?

Hay un murmullo de fondo. Esta clase es un tostón. Tengo que traerme el portátil para tomar apuntes o me quedará sin muñeca.

Por fin termina la clase. No tengo ni idea de qué ha dicho hoy, pero ya me leeré los apuntes y haré los míos. Estoy agotada. Apenas duermo. Trabajo en tres *pubs* por la noche. Me voy de empalme a la universidad. Si me da tiempo, entre semana duermo un par de horas las noches que trabajo. El alquiler no se paga solo. Ni los manuales. Ni la gasolina.

Tengo un Citroën Saxo, tiene más años que un bosque y el cambio de marchas tiembla cuando entro en la autopista. Pero me lleva adonde necesito.

Voy a la cafetería. Necesito un café y un cruasán de chocolate. Entro y voy a mi bola, para no perder la costumbre. Me cruzo con dos compañeros y me saludan:

—¡Yep, empanada! Se ha liado en clase hoy, ¿no?

—Sí, como siempre, el señor Lucas, el gran Lucas. Voy a desayunar, a ver si espabilo. ¡Luego os veo!

Se ríen y se van con el café. Yo avanzo en la cola. Me toca. Pido lo de siempre y de repente oigo una voz:

—Hola. ¿Te encuentras bien? Veo que eres una superviviente. ¿Llegaste a tu clase a tiempo?

Es Atlas. Quiero morirme. Me sonrojo, trago saliva y mantengo la compostura:

—Sí, todo en orden. Gracias. Y perdona otra vez.

Sonríe y asiente. Sigue hablando con unos señores. En mi cabeza retumba: «¿qué haces aquí, Atlas?».

CAPÍTULO 3

EL GOLPE Y EL REENCUENTRO

En los días siguientes al incidente del pasillo, cada vez que entro en la universidad inconscientemente busco a Atlas, hay días que sí que lo veo, si él me ve me sonrío y me hace un gesto con la cabeza de saludarme o simplemente levanta la mano sin cortar la conversación mientras yo corro por el pasillo, cómo no. Hay otros días que no lo veo.

¿No trabaja cada día? ¿A qué se dedicará?

No he vuelto a cruzar mirada con él, de repente son varios días los que llego a la universidad y ya no está, ya no ha vuelto más, las obras siguen, pero él no está.

Estoy unos días en bucle pensando, pero llega un momento que supongo que habituamos a la cabeza, realmente es una chorrada, si no lo conozco, y lo único que he hablado con él ha sido si me dolía algo por un golpe, es mejor que me olvide, parezco tonta a veces.

Las semanas pasan entre trabajos, prácticas y noches interminables en los *pubs* trabajando y poniendo copas. A veces no sé ni en qué día vivo. Apenas duermo. Cada vez que tengo un hueco intento estudiar, pero me cuesta concentrarme.

Llega enero y el Sr. Lucas cumple su promesa, qué densidad de teoría, me arde la cabeza con tantas palabras, conceptos y fechas, pero tengo que hacer el examen, me lo sé más o menos, habrá que jugársela, lo primero que dice es que va a ir por orden de lista (por apellido) de ascendente a descendente.

Me giro, miro a una compi y le digo:

—Estupendo, podemos pedir *pizzas* para cenar según el ritmo que lleve.

Ella me mira, se carcajea y me dice:

—Según como vea, y escuche lo que pregunta, vuelvo en junio y me lo juego todo a una carta, porque no me lo sé.

Pasa el rato, hacemos un parón para comer, llevamos 4 horas de examen, mi cabeza empieza a saturar, y más rápido de lo que yo pensaba, llevo dos noches casi sin dormir porque he ido a trabajar, he hecho minisietas de 30 minutos por día, así me levantaba para estudiar para el examen, bajamos el grupo a la cafetería a comer, y después de comer con cafés americanos subimos a los jardines, algunos a echarse un «piti» y a seguir repasando en voz alta.

Son las 17:00 y seguimos en el examen, la flojera del cuerpo me empieza a pasar factura, veo que se acerca la hora de que me llamen, me estoy empezando a poner muy nerviosa ya. Quiero irme a casa a dormir, pero tengo que aguantar el tirón, aunque estoy dando cabezazos ya.

Vale, oigo mi nombre. Dice mi nombre y mi apellido, sonrío de lado, y seguidamente dice, «señorita Jade, puede acercarse y sentarse en la silla, tranquila que no está conectada, no se va a electrocutar, no es el corredor de la muerte».

Maldito cínico de mierda pienso por dentro, pero sonrío ladeadamente y me siento.

—Señorita Jade, como siempre tiene respuesta para todo, la primera pregunta: Justifique la definición de la semiótica en tanto «teoría de la mentira» y póngame algún ejemplo.

Empiezo a hablar, menudo rollo le estoy soltando, pongo distintos ejemplos, tengo la boca como un zapato, pero del agotamiento y los nervios me he dejado el agua en la silla donde estaba antes sentada. Trago saliva, carraspeo un poco y sigo hablando, mis ojos miran al techo, no quiero verle la cara a este señor, me desquicia.

Termino, lo miro, me mira, creo que está esperando más información, cojo aire y le digo:

—Y ya está.

—¿Eso es todo, señorita Jade?

—Sí, señor, eso es todo en lo que refiere a esta pregunta.

—Está bien, probemos suerte con esta otra. Defíneme la neotelevisión desde una perspectiva sintáctica, semántica y pragmática, comparándola con la paleotelevisión.

La comparativa que podría haber hecho era del neandertal con el *Homo sapiens* y el profesor, pero empiezo a hablar de nuevo y termino.

Misma pregunta de antes.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor, así es.

—Interesante...

«Interesante, ¿el qué?». Retumba por mi cabeza.

—Última pregunta, Jade, veamos qué eres capaz de contarme ahora.

Mi pregunta es (al menos mentalmente), por qué las preguntas más tostones, extensas y difíciles me las está haciendo a mí.

—Defíneme el concepto de «masa» en la *mass media*. Y explique qué cambios se han producido con la implantación de las nuevas tecnologías audiovisuales en el modelo tradicional de comunicación.

Te podría definir la cara que tienes cuando me miras y abres la boca, pero debo ceñirme a responder lo que acabas de preguntar. Empiezo respondiendo a toda velocidad, esta me la sé, ¡ja! Pero hay un momento en que mi cabeza empieza a entrar en bucle y empiezo a contestar:

—Y... y... y...

Y estoy en blanco, me empiezan a temblar las manos, él sonrío, está disfrutando de que me haya quedado en blanco, bueno, quizá no me sé una de 3, al menos estaré aprobada, con un 5 sobre 10 me vale, así me quito esto de encima.

Mira su libreta, me vuelve a mirar fijamente, de arriba abajo, me está follando con la mirada mientras muerde ligeramente el bolígrafo y me mira, vuelve a sonreír con el boli en la boca. Este tipo es repugnante.

Finalmente coge aire y sentencia.

—Señorita Jade, siento comunicarle que está suspendida, nos tendremos que ver las caras de nuevo en junio.

—Pero, señor, he contestado dos de tres.

—Si no estás de acuerdo con mi decisión, puedes coger hora para revisión de examen y lo discutimos en mi despacho con tranquilidad. Ahora, por favor, deja paso al siguiente.

Llego a casa abatida, y llorando como si tuviera 8 años y me acabaran de contar de qué va este rollo de Santa Claus y los Reyes Magos, llevo dos días prácticamente sin dormir, y encima tengo hambre. Cuando tengo hambre me pongo de mal humor, no puedo evitarlo.

Me acuesto, quiero dormir, me llama mi madre, ¡Dios! ¿Y ahora qué?

—Jade, hija, ¿cómo te ha ido el examen?

—¿El examen? Pues yo pensaba que bien, pero el desgraciado este ha decidido suspenderme. Así que en junio volveré a probar suerte, y ahora necesito dormir, ya he comido algo y necesito dormir, ¡porque no puedo más!

—Vale, hija, descansa, si necesitas algo me llamas.

—Vale, mamá, buenas noches, o buenas tardes, o ya no sé. Un beso.

Al día siguiente hago pellas las dos primeras horas, la verdad es que no soy capaz de despegar mis párpados. Cuando consigo levantarme me preparo un café, estoy en la cocina, sentada en la mesa y miro por la ventana, pienso en todo y en nada a la vez, pero lo que me ronda por la cabeza es el tema del profesor Lucas y su asignatura. ¿Debería mandarle un *e-mail* y solicitar revisión de examen? ¿Me la juego? Quizá debería...

Tras pensar mucho y acabarme el café, decido

sentarme en la mesa donde tengo el ordenador y escribirle.

Estimado profesor Lucas:

~~Soy la señorita Jade, el otro día hicimos su examen oral, ese que yo pensaba que me había ido bien y usted decidió suspender. Bien, me gustaría coger hora de revisión con usted.~~

Decido borrar eso, no es apropiado, no me va a contestar, y todo sea que me expedienten por hablarle a este señor así.

Buenas tardes, profesor:

Soy Jade Pereira, ayer hicimos su examen oral, y como bien me indicó, estaba/estoy suspendida y me gustaría coger hora para poder hablar con usted en su despacho y que me explique el motivo del suspenso, así, de cara al próximo examen, poder tener en cuenta esas directrices y no volver a fallar.

Reciba un cordial saludo.

Atentamente,

Jade.

Friego los cacharros del desayuno y luego decido meterme en la ducha, pongo música en el ordenador, me voy tarareando al lavabo tranquilamente, estoy más tranquila, ya he desayunado y la vida sigue.

Suena de fondo *Me quedaré solo*, de Amistades peligrosas. Hoy estoy melancólica y me he puesto música de hace unos cuantos años. «Gritar, ¿quién? O ¿cuál? Ahora da igual, te juro da igual...», canturreo

camino al lavabo.

Una vez termino, salgo con una toalla enrollada en la cabeza, tengo el pelo tan largo que ya asoma en el enrollado por arriba y he dejado el suelo lleno de gotitas. Bueno, no importa, ahora friego otra vez.

De repente suena un clin, clin en mi ordenador, es un *e-mail* del profesor. ¡Qué velocidad en contestar!

Estimada señorita Jade:

Será un gusto verla por mi despacho, si le parece bien y no tiene que faltar a clase, esta tarde estaré por la universidad.

Puede pasar por aquí a comentar el tema del examen a las 19:00.

Espero su confirmación.

Saludos

A las 19:00... más tarde no tendría horas, ¿verdad? Solo tengo seminario de 16:00 a 18:00, y voy a tener que perder una hora hasta ver a este señor, pero bueno, me iré a la cafetería a tomarme un café mientras tanto. Le contesto al *e-mail* dándole el *okay* a la hora sugerida, y dicho y hecho, me voy a mi seminario y luego voy para la cafetería.

Llego a la barra y veo a una señora rubia y bajita detrás, la cual me parece tremendamente achuchable.

—¡Buenas tardes!

—Buenas tardes, Jade, cuántos días sin verte, como estoy por las tardes apenas nos vemos.

—Cierto es, ¿cómo está, señora Morales?

—Muy bien, bonita, espero que tú también, ¿qué te pongo?

—Pues un café con leche y...

Oigo una voz conocida de fondo que dice:

—Y una bolsa con hielo por si se choca conmigo.

—Y una carcajada que acompaña a la frase.

Me quedo en *shock*, mirando a la señora Morales, no me lo puedo creer, es Atlas, maldición, y yo con estos pelos y estas ojeras. Me giro, me tiembla todo. ¿Pero qué me pasa?

—Hola, Adam ¿verdad? —Hago ver que no recuerdo su nombre, pero sé de sobras quién es.

—No, mujer, era Atlas. ¿Ya vas sin correr a todos sitios? Te veo muy tranquila hoy.

—Sí, ahora ya no tomo tanto café y voy andando, ¡gracias! Si me disculpas, voy a... a acabar de pedir.

Lo miro y sonrío, vaya porquería de gracia acabo de hacer, pero es que no sé ni qué decir cuando lo tengo delante.

—Señora Morales, perdone, un café con leche y un cruasán de chocolate, por favor, y, cuando pueda, cóbreme. Gracias.

—Vaya, vaya —se vuelve a dirigir a mí—, cómo te vas a poner, ¿eh?

—Es que tengo hambre.

No se me ocurre decir otra cosa, y vuelvo a sonreír. Se acerca la señora Morales con el café en la mano, lo pone en mi bandeja y dice:

—Jade, son 2,88 €, cariño.

Hago el gesto de sacar el monedero, pero una mano pasa por delante de mí con un billete de 10 € y dice:

—Señora Morales, cóbreme lo de esta señorita y póngame el cruasán como a ella y un *cappuccino* corto de café, por favor.

Se gira, me mira sonriente y dice otra vez:

—No me gusta mucho el café, pero a esta invito yo.

Me pongo como un tomate, no sé si voy a ser capaz de coger la bandeja e irme a una mesa, pero lo tengo que hacer.

Me giro balbuceando y le digo:

—Gracias, supongo. —Me sonrojo inmediatamente y él se ha dado cuenta.

Se le escapa una inmensa carcajada y me dice:

—Faltaría más, de nada. —Y vuelve a sonreír.

Cojo la bandeja, estoy derramando el café, ¿pero qué narices me pasa? ¿Estoy tonta o qué? Me siento en una mesa, la barra del bar queda a mi izquierda y la salida a mis espaldas. Saco el móvil y me pongo a revisar *e-mails* y notas, me he puesto mis gafas, sin ellas no veo nada. De repente noto que hay alguien delante de mí, lleva otra bandeja como la mía y unos papeles que medio cuelgan por debajo de la bandeja.

—¿Te importa si me siento?

—Supongo que no. Pero tienes más mesas libres si lo prefieres —contesto.

—Pretendía usurpar un trozo de la tuya, ¿te parece bien?

—Está bien. —Sonrío mientras me quito las gafas y las guardo.

Me mira detenidamente y sigue preguntando.

—¿Tienes clase ahora?

—No, en realidad tengo que hacer tiempo hasta las 19:00, que iré al despacho de un profesor a revisión de examen. —Me empiezo a indignar—. Me ha suspendido un examen que yo daba por hecho que mínimo un 6 me iba a poner.

—¿Tan mal se te da esto? —se mofa divertido.

—No se me da mal. Atlas, perdona, pero, ¿qué haces aquí? En mi mesa sentado, merendando conmigo,

¿qué haces en la universidad?

—He venido a firmar la finalización del proyecto y a asegurarme de que los pagos se van a realizar tal y como se acordó en su momento, burocracia y papeleo que tiene que estar firmado.

—¿Qué eres un mandamás de estos de una empresa de construcción?

—Bueno, mandamás no lo sé, lo que sí sé es que soy el arquitecto del proyecto, porque yo soy arquitecto.

—¡Toma ya! —No me sale contestarle otra cosa—. ¿Y todo bien, haciendo líneas en planos todo el día?

—No está mal, las curvas también las hacemos, pero la escuadra y el cartabón es lo nuestro. —Me guiña un ojo al terminar la frase.

Debo de tener cara de imbécil como mínimo, pero sonrío, agacho la cabeza. Miro el reloj, vale, aún tengo 10 minutos. Se ha dado cuenta de que he mirado el reloj y me pregunta directamente:

—¿Vas bien de hora? ¿O te estoy entreteniendo mucho?

—No, tranquilo, aún tengo 10 minutos. Pero si tú tienes que irte, no hay problema.

—Tranquila, yo también tengo 10 minutos. —Me mira y sonrío de lado.

Mientras hablamos, su móvil no para de sonar, el pip, pip es continuo, pero él lo ignora, sigue hablándome, me pregunta por qué he elegido esta carrera, nos sumergimos en una conversación amigable, como si fuéramos colegas de toda la vida. Pierdo la noción del tiempo, de repente un *flash* pasa por mi cabeza, saco mi móvil y miro el reloj, ¡maldita sea! ¡Las 19:10!

—Atlas, perdona, tengo que irme, un placer y que vaya superbién la burocracia y los papeles esos que te